

CAPITULO VII.

Do fué la raza candorosa y pura
que las Antillas habitó?—La hiere
del vencedor el hierro faribundo,
tiembla, gime, perece,
y como niebla al sol desaparece.

HEREDIA.

Un viage es en la infancia origen del mas inquieto placer y de la mas exaltada alegría. El movimiento y la variedad son necesidades imperiosas en aquella edad en la que libre todavia el alma de pasiones agitadoras, pero sintiendo el desarrollo de su actividad naciente sin un objeto en que emplearla, lánzala, por decirlo así, á lo exterior, buscando en la novedad y en el bullicio un desahogo á la febril vivacidad que le agita.

Las cuatro hermosas niñas, hermanas de Carlota, apenas apareció Sab con los carruages y caballerías dispuestas para la partida, le rodearon haciéndole mil caricias con las que manifestaban su regocijo. El mulato correspondia á sus infantiles halagos con melancólica sonrisa...

Así, pensaba él, así saltaba á mi cuello Carlota hace diez años cuando me veia despues de una corta ausencia. Así sus labios de rosa estampaban alguna vez en mi frente un beso fraternal, y su lindo rostro de alabastro se inclinaba sobre mi rostro moreno; como la blanca clavellina que se dobla sobre la panda peña del arroyo.

Y abrazaba Sab á las niñas, y una lágrima, deslizándose lentamente por su mejilla, cayó sobre la cabeza de Angel de la mas jóven y mas linda de las cuatro hermanas.

Carlota se presentó en aquel momento: un traje de montar á la inglesa daba cierta magestad á su airoso talle, y se escapaban del sombrerillo de castor que cubria su cabeza algunos rizos ligeros, que sombreaban

ban su rostro, embellecido con la expresión de una apacible alegría. Subió al semblante de Sab un fuego que secó en su mejilla la huella reciente de su llanto, y presentó temblando á Carlota el hermoso caballo blanco dispuesto para ella.

Todos los viajeros se reunieron en torno de la linda criolla, y Sab les manifestó entonces su plan de marcha. Iba dijo, á conducirlos á Cubitas no por el camino real sino por una senda poco conocida, que aunque algo mas dilatada les ofreceria puritos de vistas mas agradables. Aprobada por unanimidad la proposición solo se trató de partir.

Habia dos volantes, (nombre que se daba á la especie de carruages mas usados en Cuba en aquella época,) y el señor de B... ocupó una de ellas con las dos niñas mayores, tomando la otra Teresa con las mas pequeñas. Carlota, Enrique y Sab montaron á caballo. Asi partió la caravana entre los alegres gritos de las niñas y el relincho de los caballos.

Sin reglas de equitación las damas prin-

cipeñas son generalmente admirables ginetes; pero Carlota sobresalía entre todas por la gracia y nobleza de su aire cuando montaba. Galopaba aquella tarde junto á su amante con notable seguridad y elegancia, y la brisa naciente hinchando y batiendo alternativamente el blanco velo que pendía del sombrero en torno de su esbello talle, presentábala como una de aquellas sílfidas misteriosas, hijas del aire y soberanas de la tierra.

Eran hermosos los campos que atravesaban. Enrique se acercó al estribo del carruaje en que iba D. Carlos y entabló conversación con este respecto á la prodigiosa fertilidad de aquella tierra privilegiada, y el grado de utilidad que podía sacarse de ella. Sab seguía de cerca á Carlota y contemplaba alternativamente al campo y á la doncella; como si los comparase: había en efecto cierta armonía entre aquella naturaleza y aquella mujer, ambas tan jóvenes y tan hermosas.

En tanto costaba esfuerzos á Teresa contener á sus dos tiernas compañeras. Una

campanilla (1); un pájaro que revolotease sobre ella, cualquier objeto excitaba sus infantiles deseos y querían bajar del carruaje para posesionarse de él. La noche se acercaba, mientras tanto, y sus sombras, tomában, robaban progresivamente á los viajeros los paisajes campestres que les rodeaban. La rica vegetación no ofrecía ya sus variadas tintas de verdura y las colinas lejanas presentábanse á la vista como grandes masas de sombras.

A medida que se aproximaban á Cubitas el aspecto de la naturaleza era mas sombrío; bien pronto desapareció casi del todo la vigorosa y variada vegetación de la tierra prieta, y la roja no ofreció mas que esparramados yuraguano (2), y algun ingra-

~~El yuraguano es un arbusto de la familia de los guanos con muchas hojas parecidas á las de la palma; aquellos á que se hace referencia en esta historia y que abundan en las inmediaciones de Cubitas, son mazorcas que los yuraguano toman. No crece~~

(1) Campanilla: es una flor silvestre de la figura de una campana; la produce un bejuco muy comun en aquellos campos.

(2) El yuraguano es un arbusto de la familia de los guanos con muchas hojas parecidas á las de la palma; aquellos á que se hace referencia en esta historia y que abundan en las inmediaciones de Cubitas, son mazorcas que los yuraguano toman. No crece

to jagüey (1), que parecían en la noche figuras caprichosas de un mundo fantástico. El cielo empero era mas hermoso en estos lugares: tachonábase por grados de innumerables estrellas, y cual otro ejército de estrellas errantes poblábase el aire de fulgidos cocuyos, admirables luciérnagas de los climas tropicales (2).

Carlota detuvo de repente su caballo é hizo observar al malato una luz vacilante y pálida que oscilaba á los leys en lo mas

Este arbusto recto y airoso como la palma, antes por el contrario su tronco se tuerce por lo regular, y á veces se tiende casi horizontalmente.

(1) El jagüey al principio no es mas que un bejuc que se enreda á un árbol. Crece prodigiosamente; rubra y oprime con sus ramas el tronco que le ha sostenido y acaba por secarle. Entonces conviértese el en árbol corpulento; y la multitud de sus ramas que tiende de una manera caprichosa, sus raíces gruesas y visibles sobre la superficie de la tierra y las desigualdades de su tronco le dan un aspecto particular.

(2) Los cocuyos son en clase de luciérnagas las mas raras y vistosas, como tambien las mas grandes. Su alimento es el jugo de la caña de azúcar, y por eso abundan en los cañaverales. Tienen cuatro alas, dos de púrpura de luz en el cuerpo y dos en la sabana.

alto de una empinada loma. ¿Está allí Cubitas? preguntó. ¿Será esa luz, que á distancia parece tan pequeña, algún fanal que se coloque en esa altura para que sirva de dirección á los viajeros?

Antes que Sab hubiese podido contestar el señor de B... cuyo carruaje emparejaba ya con el caballo de Carlota, dejó oír una estrepitosa carcajada, mas Enrique, que no habia andado nunca de noche aquel camino, participaba de la admiración y curiosidad de su amada, y preguntó como ella el origen de aquella luz singular. Pero la luz desapareció en el mismo instante y la vista no pudo ya distinguir sino la gran masa de aquella eminencia, que como un gigante del aire proyectaba su enorme sombra en el lejano horizonte.

Parece, dijo riendo D. Carlos, que os deja mohinos la ausencia de la linda lucecita, pero esperad... voy á evocar al genio de estos campos y volverá á lucir el misterioso fanal.

Apenas habia concluido estas palabras la luz apareció con un resplandor mas vivo,

•

y Enrique y las dos señoritas manifestaron una sorpresa igual á la de las niñas. El señor de B., testigo ya muchas veces de este fenómeno (1) se divertía con la admiración de sus jóvenes compañeros. Los naturalistas, les dijo, os darian del fenómeno que estais mirando una explicacion menos

—(4) Los cubiteros han forjado en otros tiempos estranos cuentos relativos á una luz que decian aparecer todas las noches en aquel parage, y que era visible para todos los que transitaban por el camino de la ciudad de Puerto-Principe á Cubitas. Desde que dicha aldea fue mas visitada y adquirió cierta importancia en el pais, no ha vuelto á hablarse de este fenómeno cuyas causas jamás han sido satisfactoriamente explicadas. Un sugeto de talento, en un artículo que ha publicado recientemente en un periódico con el título de «Adición á los apuntes para la historia del Puerto-Principe» hablando sobre este objeto dice que eran fuegos fatuos, que la ignorancia calificó de aparicion sobrenatural. Añade el mismo que las quemazones que se hacen todos los años en los campos pueden haber consumido las materias que producian el fenómeno.

—Sin pararnos á examinar si es ó no fundada esta conjetura, y dejando á nuestros lectores la libertad de formar juicios mas exactos, adoptemos por ahora la opinion de los cubiteros, y explicaremos el fenómeno, en la continuacion de la historia, tal cual nos ha sido referido y explicado mas de una vez.

divertida que la que os puede dar. Sab, que frecuenta este camino y trata a todos los cubiteros. El sin duda les habrá oído relaciones muy curiosas respecto a la luz que tanto os ha llamado la atención.

Las niñas gritaron de alegría regocijadas con la esperanza de oír un cuento maravilloso, y Enrique y Carlota colocaron sus caballos a los dos lados del de Sab para oírle mejor. El mulato volvió la cabeza hacia el carruaje de su amo y le dijo:— Su merced no habrá olvidado a la Vieja Martina madre de uno de sus mayores de Cubitas, que murió dejándole el legado de su mujer y tres hijos en estrecha pobreza. La generosa compasión de su merced la socorrió entonces por mi mano; hace cuatro años, pues habiéndole informado de la miserable situación en que se encontraba esta pobre familia, me dió una bolsa llena de plata con la que fue socorrida. Me acuerdo de la vieja Martina; respondió el caballero; su difunto hijo era un excelente sujeto, ella si mal no me acuerdo

tiene sus puntos de loca: ¿no pretende ser descendiente de la raza india y aparenta un aire ridículamente magestuoso? Si señor, repuso Sab, y ha logrado inspirar cierta consideración á los estancieros de Cubitas, ya porque la crean realmente descendiente de aquella raza desventurada, casi estinguida en esta Isla, ya porque su grande esperiencia, sus conocimientos en medicina de los que sacan tanta utilidad, y el placer que gozan oyéndola referir sus sempiternos cuentos de vampiros y aparecidos, la den entre estas gentes una importancia real. A esa vieja pues, á Martina es á quien he oido, repetidas veces, referir misteriosamente é interrumpiéndose por momentos con exclamacion de dolor y pronósticos siniestros de venganza divina, la muerte horrible y bárbara que, segun ella, dieron los españoles al cacique Camagüey, señor de esta provincia; y del cual pretende descender nuestra pobre Martina. Camagüey tratado indignamente por los advenedizos, á quienes acogiera con generosa y franca hospitalidad, fue arrojado de

la cumbre de esta gran loma, y su cuerpo despedazado quedó insepulto sobre la tierra regada con su sangre. Desde entonces esta tierra tornóse roja en muchas leguas á la redonda, y el alma del desventurado Cacique viene todas las noches á la loma fatal, en forma de una luz, á anunciar á los descendientes de sus bárbaros asesinos la venganza del cielo que tarde ó temprano caerá sobre ellos. Arrebatada Martind en ciertos momentos por este furor de venganza, delita de un modo espantoso y esa pronunciar terribles vaticinios.

—¿Y cuáles son? preguntó D. Carlos con cierta curiosidad inquieta, que mostraba haber sospechado ya lo que preguntaba. Sápase turbó algún tanto pero dijo al fin con voz baja y trémula.—En sus momentos de exaltación, señor, he oído gritar á la vieja india. La tierra que fué regada con sangre una vez lo será una otra: los descendientes de los opresores serán oprimidos, y los hombres negros serán los terribles vengadores de los hombres cobardes.

Basta ya, Sabana, basta ya, interrumpió don Carlos con cierto disgusto, porque siempre prealarmados los cubanos, después del espantoso y reciente ejemplo de una isla vecina, noolan sin terror en la boca de un hombre del desgraciado color cualquiera palabra que manifestase el sentimiento de su degradación y de los derechos y la posibilidad de reconquistarlos. Pero Cristóbal que había atendido a menos a los pronósticos de la vieja que a la relación lamentable de la muerte del Cacique no lo volvió a hacer. Enrique sus bellos ojos llenos de lágrimas, pero jamás he podido, dijo, leer tranquilamente la historia sangrienta de la conquista de América. Dios mío, cuántos horrores! Parece, empero, increíble que puedan los hombres llegar a tales extremos de barbarie. Sin duda se exagera, pero que la naturaleza humana no puede ser imposible, son tan monstruosas sus cranzas. El mulato la miraba con indecible expresión. Enrique se batió de sus lágrimas, continuó al fin con voz agitada, Eres una niña, querida mía, la dijo,

lloras ahora, por la relación de una vieja loca, la muerte de un ser que acaso no existió nunca sino en la imaginación de Martina?

No Enrique; respondió con tristeza la doncella, no lloro por Camagüey ni sé si existió realmente, lloro sí al recordar una raza desventurada que habitó la tierra que habitamos, que vió por primera vez el mismo sol que alumbró nuestra cuna, y que ha desaparecido de esta tierra, de la que fué pacífica poseedora. Aquí vivían felices é inocentes aquellos hijos de la naturaleza; este suelo virgen no necesitaba ser regado con el sudor de los esclavos para producirles ofreciales por todas partes sombras y frutos, aguas y flores, y sus entrañas no habían sido despedazadas para arrancarle con mano avara sus escondidos tesoros. ¡Oh Enrique! lloro no haber nacido entonces y que tu, indio como yo, me hicieras una cabaña de palmas, endonde gozásemos una vida de amor, de inocencia y de libertad.

Enrique se sonrió del entusiasmo de su

querida haciéndola una caricia: el mulato apartó de ella sus ojos preñados de lágrimas.

Ah! si! pensó él: no serías menos hermosa si tubieras la tez negra ó cobriza. ¿Por qué no lo ha querido el cielo, Carlota? Tú, que comprendes la vida y la felicidad de los salvajes, por qué no naciste conmigo en los abrasados desiertos de Africa ó en un confin desconocido de la América?

El señor de B..... le arrancó de estos pensamientos dirigiéndole algunas preguntas respecto á Martina. Vive todavía? le dijo.—Si señor, vive apesar de haber experimentado en estos últimos años dolorosos infortunios.—Qué le ha sucedido pues? replicó con interés el caballero.

Su nuera murió hace tres años y diez meses despues dos de sus nietecitos. Un incendio consumió su casa, hace un año, y la dejó reducida á mayor miseria que aquella de que la sacara la bondad de su merced. Hoy dia vive en una pequeña choza, cerca de las cuevas, con el único nieto que

le queda, que es un niño de seis años al cual ama tanto mas cuanto que el pobre chico está enfermo, y no promete una larga vida.

La verémos, dijo D. Carlos, y la dejaremos instalada en una de mis estancias. ¡Pobre mujer! aunque extravagante es muy buena.

Ah! sí.....muy buena! exclamó con emoción el molato, y animando con un grito á su caballo se adelantó á prevenir la llegada de sus amos al mayoral de la estancia donde iban á desmontar.

Eran las nueve de la noche cuando los viajeros entraron en Cubitas. La casa elegida para su domicilio, si bien de mezquina apariencia, era grande en lo interior, y el mayoral y su mujer procuraron á los recién llegados todas las comodidades posibles. La cena que se les sirvió fue pareá y frugal, pero la alegría y el apetito la hicieron parecer deliciosa. Nunca D. Carlos había estado tan jovial, ni Carlota tan risueña y amable. La misma Teresa parecía menos displicente que de costumbre, y

Enrique estaba encantado. Cuando llegó la hora de recogerse á descansar, Amigo mío, le dijo Carlota, deteniéndose en el umbral del cuartito señalado para su dormitorio, y al cual él la conducía por la mano: ¡cuán fácilmente pueden ser dichosos dos amantes, tiernos y apasionados! En esta pobre aldea, en esta miserable casa, con una hamaca por lecho y un plantío de yucas por riqueza, yo sería dichosa contigo, y nada vería digno de mi ambición, en lo restante del universo. Y tú ¿podieras tampoco desear mas?

Enrique por única contestación besó con ardor su hermosa mano, y ella atravesó el umbral sonriéndole con ternura. Diole las buenas noches y cerró lentamente la puerta, que tornó á abrir para repetirle: buenas noches con una mirada inesable. Por fin la puerta se cerró enteramente y Enrique inmóvil y pensativo quedó un momento como si aguardase que volviese á abrirse aun otra vez. Luego sacudió la cabeza y murmuró en voz baja: No hay remedio! esta muger será capaz de volver-

no loco y hacerte creer que no son necesarias las riquezas para ser feliz. El señor B., aguardando á su merced para conducirla á su dormitorio, dijo una voz conocida, á la espalda de Enrique: Volvióse este y vio á Sabido. ¿Qué quieres? preguntó con cierta turbación. ¿Qué quieres? preguntó con cierta turbación. ¿Qué quieres? preguntó con cierta turbación. Ese de la izquierda. Enrique se entró en él precipitadamente y Sabido le siguió hasta la puerta, á la cual se detuvo dándole las buenas noches. Una hora después todos dormían en la casa: solo se veía un bulto inmóvil junto á la puerta de la habitación de la señora B... pero al menor ruido que en el silencio de la noche se percibía en la casa aquel bulto se movía, se elevaba y salía de él una respiración agitada y fuerte: entonces podía conocerse que aquel bulto era un hombre.

Una vez, hacia la madrugada, oyóse un ligero rumor acompasado, que parecia producido por las pisadas cautelosas de alguno que se acercaba. El bulto se estreme-

ció profundamente y brilló en la oscuridad la hoja de un anejo machete. Los pasos parecían cada vez mas próximos. El bulto habló en voz baja pero terrible.—Misera-
ble! no lograrás tus inicuos deseos.—Un prolongado ladrido respondió á esta ame-
naza. Los pasos que se habian oido eran los de un perro de la casa.

El machete cesó de brillar y el bulto volvió á quedar inmóvil en su sitio: sola-
mente el perro repitió por dos veces su la-
drido, pero como acercándose mas hobo-
de conocer olfateando á aquel cuya voz le
habia alarmado, calló tambien luego y to-
do quedó sumergido en profundo silencio.

El silencio no duró mucho tiempo. De nuevo se oyó el ruido de los pasos que se habian oido antes. Pero esta vez se oyó un grito que se elevó como un rayo y se perdió en el silencio. El bulto se movió y se alejó.

El silencio duró mucho tiempo. De nuevo se oyó el ruido de los pasos que se habian oido antes. Pero esta vez se oyó un grito que se elevó como un rayo y se perdió en el silencio. El bulto se movió y se alejó.